

las primicias de tu vida, trabajas por hacer cierta tu vocación, por atesorar muchos merecimientos y virtudes, por asentar ancha y poderosa base á las virtudes sacerdotales.

¿Te has fijado bien además, que nunca mejor tiempo para el ejercicio de la virtud, que los días de la carrera en que todo coadyuva: el retiro, la vigilancia superior, el freno de la corrección y aun el mismo ardimiento juvenil? ¿Y te has preguntado alguna vez lo que san Bernardo: ¿A qué has venido al Seminario ó casa institutriz? ¿A qué has venido? ¿A pensar en otros? No. ¿A regentar una parroquia? No. ¿A ejercer algún cargo ó ministerio ó ejercitar la predicación? No. ¿Has venido á hacerte sabio según el mundo? No: que para eso está la Universidad. ¿Pues, á qué has venido? ¿A holgar y buscar goces? No: que vanamente habrías salido del mundo. ¿A qué has venido, pues? Has venido á formarte según el espíritu sacerdotal, á ser ángel del Santuario. Y no tienes, no debes tener otra misión, ni otro pensamiento; y cualquiera que tal no piense, yerra lastimosamente. Si, pues, tal es tu objeto actual, si tal la ciencia que estudias ahora, bien es que salgas en ella muy aprovechado, muy aventajado, muy sobresaliente en la ciencia del temor de Dios.

Estos así formados son la esperanza de la Iglesia, la alegría de los prelados, el honor de los profesores y el aliento de todo bien. Con tales espíritus no hay por qué temer las iras revolucionarias, ni la perversión de la fe, ni la corrupción de las costumbres; que si por yerros pasados sufre por ventura algunos quebrantos la virtud de los pueblos, apenas entre el joven sacerdote en los pueblos, cuando se restablecerá el culto, la frecuencia de los sacramentos, el esplendor de las festividades, el fervor de las cofradías; viniendo así el joven y fervoroso sacerdote á ser un verdadero Nehemías en la restauración de la espiritual Jerusalén. (1)

(1) Léanse los dos capítulos I et II, del opúsculo XVIII, ed. Rom. D. Thomae pag. 290 et 291.



CAPITULO VII

¿QUÉ ES DEVOCIÓN? (1).

ARTICULO I

La devoción, propiamente hablando, no es una virtud, "sino más bien un acto de la virtud, que ordena y regula nuestras relaciones con Dios, conviene á saber, la religión.—Así que podría definirla: "cierta disposición particular de la voluntad, mediante la cual, el hombre se entrega con presteza á cuanto concierne al servicio divino. (2)

De suerte que Dios es su causa extrínseca; puesto que Él enciende en nuestros corazones la llama sagrada de la caridad, principio á su vez de la religión, de la cual devoción es acto, según el Angélico (3). Se remonta, pues, la devoción por las vías misteriosas de su origen hasta la regia virtud que, es, en frase de San Pablo, la más grande y subida de todas.

Oíd como San Francisco de Sales teje en su dulce estilo este divino abolengo de la devoción. «La verdadera y viva devoción presupone amor de Dios, pero un amor es-

(1) Estos ocho artículos son del P. Monsabre, Ord. Pred.—(2) Voluntas quaedam prompte se tradendi ad ea quae pertinent ad Dei famulatum (SUM. M. THEOL. 2.^a 2.^{ae} quaest. 82, art. 1.^o) (3) Caritas est religionis principium devotio est religionis actus. (SUMM. THEOL. 2.^a 20, quaest. 28, art. 2.^o)

pecialísimo. Porque el amor divino, ennobleciendo nuestra alma, se llama gracia, pues nos hace agradables á la majestad divina; dándonos energías para obrar bien, se llama caridad; mas cuando llega á tal grado de perfección que no sólo nos hace obrar bien sino que nos inclina á obrar delicada y frecuentemente, entonces se llama devoción. Créeme amado Seminarista, la devoción es dulzura de dulzuras y reina de las virtudes. Como que es la perfección de la caridad. Si la caridad es leche, la devoción es su nata; si la caridad es un rosal, la devoción es su flor; si la caridad es una piedra preciosa, la devoción es su brillo; si la caridad es bálsamo, su aroma es la devoción, aroma de suavidad que cautiva á los hombres y regocija á los ángeles».

«La devoción es esa agilidad, esa vivacidad espiritual por medio de la cual obra en nosotros la caridad, ó por la caridad obramos nosotros, pronto y afectuosamente. Y como pertenece á la caridad, imperar la práctica de todos los mandamientos, síguese que á la devoción pertenece hacerlos cumplir todos con suma fruición y diligencia (1).»

Empero la devoción no se detiene aquí, va mas allá todavía. Franquea en sus santos anhelos los estrictos límites del deber y adelantándose á las almas, que con el corazón gozoso y dilatado por el amor corren ya, al decir del Salmista, por el camino de los preceptos (2), nos mueve á realizar pronta y afectuosamente el mayor número de obras buenas posibles; aun tratándose de simples inspiraciones y consejos (3). Digámoslo con Santo Tomás: «La devoción es incondicional entrega al culto y servicio divinos (4).»

El alma devota aspira y tiende habitualmente á lo mejor, á lo más perfecto de la amistad, como ocurre á veces

(1) Introducción á la vida devota. cap. I.—(2) Viam mandatorum tuorum cucurri cum dilatasti cor meum. (Ps, 118.)—(3) Introd. á la vida devota, cap. 1.º

(4) Devotio dicitur a devovendo, unde devoti dicuntur qui seipsos quodammodo Deo devovent. (Summ. Theol. 2.ª 2.ª, quaest. 82; art. 1.º)

en el mismo amor humano. Consagra su mente á idear y su voluntad á poner en práctica todo lo que halla ser grato á Dios ó redundar en gloria del Amado. Hay actos que la devoción intima directamente, y actos á los cuales acompaña y perfecciona. Es fácil distinguirlos recordando que la devoción pertenece inmediatamente á la religión, mediatamente á la caridad.

Ya dijimos que su causa extrínseca es Dios, principio eterno de caridad. Interior ó intrínsecamente se debe á la doble consideración de la bondad divina y de nuestra miseria y fragilidad. De aquí el doble efecto de gozo inefable y de piadosa tristeza que simultáneamente causa en el alma; gozo, que, endulzando los amargores de la tristeza, nos evita precipitarnos por las funestas pendientes del desfallecimiento; y tristeza, que refrenando los excesos del gozo, le impide degenerar en vaná complacencia. Efectos contradictorios, coexistiendo á voluntad en un mismo medio, como esos armoniosos contrastes de luz y sombras que tanto nos suspenden en los cuadros artísticos de los pintores clásicos.

Tales son las nociones generales del asunto que nos proponemos individualizar en cierto modo con aplicaciones prácticas. Fijémonos, por lo tanto, bien en nuestro punto de partida. No vamos á ocuparnos de la devoción considerada como acto transitorio, concomitante en la vida cristiana al cumplimiento de los deberes esenciales y necesarios á todos los fieles; sino de la devoción, como disposición habitual y privativa de cierta clase de almas; como perfección de la caridad; como solicitud para el servicio divino, como viva adhesión á los consejos evangélicos, como consagración.—*Devotio dicitur a devovendo.*—Sólo bosquejaremos, por consiguiente, en nuestros lienzos á aquellas personas que tienen el valor ó la pretensión de practicar la devoción, tal y como acabamos de definirla. Y digo la pretensión, porque, como todas las virtudes, la devoción también se falsifica con multitud de exterioridades

públicas, que aleadas con imperfecciones sin cuento y á veces vicios, pervierten el juicio del mundo y le obligan á pronunciar severos fallos.

Cierto que el mundo es no poco inconsiderado en sus juicios, pero estas inconsideraciones nada tendrían que ver con esta virtud, si no existieran pseudo-devotos. Expliquémonos.

Al servirnos de la expresión pseudo-devotos, no aludimos é esos miserables, que se disfrazan por vía de negocio con un hábito religioso para engañar así mejor á razones cristianos y proporcionarse vulgares satisfacciones; entes de dos caras, inmortalizados por un ilustre autor cómico con el nombre de *Tartuffos* (1). No osará inculparnos la existencia de ellos el mundo, en cuyo seno hierva la raza inmortal de pasteleros y paniagudos. El número de los *tartuffos* religiosos jamás igualará al de *tartuffos* políticos, hombres despreciables y sin pudor, á quienes se ve saludar la aparición en el poder de toda clase de astros políticos, y vestir la librea imperante, y cantar con voz infiel himnos en loor de todos los gobiernos y situaciones.

ARTÍCULO II

LA VERDADERA Y FALSA DEVOCIÓN EN SU ACTO PRINCIPAL

La devoción, tal como la define Santo Tomás, puede considerarse en su acto principal y en sus actos secundarios.

Estudiemos ante todo su acto principal y hagamos en él resaltar el primer carácter distintivo entre la verdadera y pseudo-devoción.

Voluntas quaedam prompte tradendi se ad ea quae pertinent ad Dei famulatum.—La devoción es una disposición particular

(1) Hipócrita.

de la voluntad mediante la cual se entrega el hombre con prontitud á cuanto cede en servicio de Dios.

El servicio de Dios. He ahí sin duda alguna la frase más importante en la definición. De élla deduciremos que el alma devota en su acto primero y principal, debe buscar á Dios, precipitarse hacia Él, considerarle como bien único. Las obras religiosas que emprende, los auxilios que recibe, no son más que medios robustecedores del movimiento de tendencia á Dios, á quien está consagrada. Súplicas, oraciones, lecturas buenas, comunicación con almas santas, frecuencia de sacramentos son otras tantas vías sacras que la conducen al logro de sus deseos; místicas rosas que entreteje con filial mano para ofrecerlas á su Padre celestial; joyas con que se arrea y engalana para honrarle y cautivarle. Cuando se acusa, lo hace prosternándose ante la majestad santísima de Dios; cuando le visita, es toda para Él; cuando le recibe, prepara con cuidado su morada, se aprovecha de cuantas larguezas la dispensa y procura fijarle, prenderle en su corazón. Conocedora de los augustos celos del dueño en cuyo servicio entiende, se aísla, para no excitarlos, de todo profano comercio; evita con gran tacto mezclar su vida con la vida mundana; y, aun obligada por su condición ó estado, en medio de la baraúnda de los negocios, de las fiestas, de los placeres, retira de ellos su corazón y no le faltan recursos para gustar, á escondidas del mundo, misteriosos sinsabores. Empresa ardua y difícil, y más meritoria por lo mismo que impone continuas represiones y exige constante renoyación de unos mismos sacrificios.

Entonces se comprenden ciertos audaces arranques que, cortando de repente todas las ligaduras terrenas, no dejen en torno del espíritu más que la soledad, el silencio, el recogimiento que ansía. Fácil es de esta suerte darse á Dios, dilatar el corazón y fundirlo con quien nos ha librado de enojosas servidumbres.

Pero vivir en medio del mundo sin hacerse cómplice de